

FERNANDO MUÑOZ C.

DEL INFORTUNIO DE LA PÉRDIDA DE LA FE*
CÉSAR VALLEJO Y EL DOLOR DEL EXISTIR

THE MISFORTUNE OF THE LOSS OF FAITH**
CÉSAR VALLEJO AND THE PAIN OF EXISTENCE

DU MALHEUR DE PERDRE LA FOI***
CÉSAR VALLEJO ET LA DOULEUR D'EXISTER

Resumen

El ser humano es un «animal metafísico» que tiene la necesidad metafísica de explicar el mundo en el que habita y tener normas de vida para poder convivir en armonía con sus semejantes: elabora creencias y vive de acuerdo a ellas.

Esta necesidad metafísica se satisface a través de la fe, la cual es el elemento básico del pensamiento. Se inicia con la conciencia misma e inmediatamente desarrolla una tendencia a la conservación.

Ahora bien, la fe que necesitamos tener para encauzar nuestras vidas puede estar referida a alguna divinidad o algún ideal. Sin ella, como descreídos, nos hundiríamos en el más profundo nihilismo, que inevitablemente nos llevaría a la pérdida de las ganas de seguir viviendo.

* Una primera versión se presentó en el Congreso Internacional Vallejo Siempre, realizado en Lima, del 21 al 23 de octubre de 2014.

** A first version was presented at the International Congress Vallejo Siempre, which took place in Lima on 21-23 October 2014.

*** Une première version a été présentée au Congrès International Vallejo Siempre, qui a eu lieu à Lima, du 21 au 23 Octobre 2014.

César Vallejo, poeta auténtico y «desmesurado», supo de esta necesidad, y su palabra fue expresión de un profundo pensar que llegó a los límites más extremos del decir humano. En sus inicios, como devoto judeocristiano, interpeló a Dios por tanta miseria, desigualdad y sufrimiento que tenía que soportar «este pobre barro pensativo». Distanciándose de esta divinidad, se entregó en cuerpo y alma a la nueva fe de la causa marxista o comunista, para construir un nuevo mundo donde el verdadero creador de Dios fuese el proletariado; y su revolución, el acto fundamental de creación de Dios.

Sin embargo, esta nueva fe, después de su experiencia en la Guerra Civil Española, lo decepcionó por completo. Estuvo verdaderamente solo, lo que constituye la más grande desolación del nihilista contemporáneo. Había abandonado al dios trascendente y se había entregado al dios de la razón (las leyes, el Estado o el partido); pero este le falló y Vallejo no halló forma de retroceder, pues en el intento había quemado todas sus naves, se había jugado la vida entera: ¡perdió la fe!...; y, sin ella, los seres humanos no pueden vivir, más aún si son sumamente sensibles e inteligentes como lo es todo poeta auténtico, tal como lo fue este vate peruano.

Palabras clave: Vallejo; desmesurado; poeta, nihilista, marxista.

Abstract

The human being is the only creature or «metaphysical animal» that has the metaphysical necessity, i.e., the need to explain the world in which they live and to have rules of life to live in harmony with their peers, develop beliefs and live accordingly.

This metaphysical need is met through faith, which is the basic element of thought. It starts with the consciousness itself and once begun, develops a tendency to conservation.

Now, we need to have faith to channel our lives. It may refer to a deity or some ideal; for without it as unbelievers, we sink into deeper nihilism, which inevitably will lead to the loss of the desire to continue living.

César Vallejo, authentic poet and «daring» knew of this need and his word was an expression of a deep thought that came to the most extreme limits of human words. At his early stages, as a devoted Jewish-Christian he questioned God for so much misery, inequality and suffering, which «this poor thoughtful mud» had to endure. Then moving away from this divinity, he put his heart into the new faith of Marxist or communist cause, in order to build a new world where the true creator God was the proletariat, and his revolution was the fundamental act of creation of God.

However, after his experience in the Spanish Civil War, this new faith has disappointed him completely. He is truly alone, which is the greatest desolation of contemporary nihilism. He abandoned the transcendent God and gave himself to the God of the reason: the laws, the state and the party ...; and this latter has failed him. There is no turning back, then, on trying; he has burned all his bridges. He has played a lifetime; he has lost faith ...!; and without it, human beings cannot live especially if they are highly sensitive and intelligent as all true poets are, and as this Peruvian poet was.

Keywords: Vallejo; daring; poet; nihilistic; Marxist.

Résumé

L'être humain est la seule créature ou «animal métaphysique» qui a le besoin métaphysique, c'est à dire, le besoin d'expliquer le monde qu'il habite et d'avoir des règles de vie pour pouvoir vivre en harmonie avec ses semblables, construire de voyances et vivre selon elles.

Ce besoin métaphysique se satisfait à travers la foi, qui est l'élément de base de la pensée. Elle commence avec la conscience même et une fois commencée, elle développe une tendance à la conservation.

Par ailleurs, la foi dont nous avons besoin pour guider notre vie peut référer à une divinité ou à un idéal ; car, sans elle comme incroyants, nous nous enfonçons dans le plus profond nihilisme, qui inévitablement nous mènera à perdre l'envie de continuer à vivre.

César Vallejo, poète authentique et «démésuré», a connu ce besoin et sa parole a été l'expression d'une pensée profonde qui est parvenue aux limites les plus extrêmes du parler humain. À ces débuts, comme un adepte judéo-chrétien, il a interpellé Dieu pour tant de misère, d'inégalité et de souffrance, que devait supporter «cette pauvre boue pensive»; et s'éloignant de cette divinité, il s'est adonné corps et âme à la nouvelle foi de la cause marxiste ou communiste, pour construire un monde nouveau où le véritable créateur de Dieu était le prolétariat, et sa révolution l'acte fondamental de création de Dieu.

Néanmoins, cette nouvelle foi, après son expérience de la Guerre Civile Espagnole, l'a complètement déçu. Il est vraiment seul, ce qui est la plus grande désolation du nihiliste contemporain. Il a abandonné le Dieu transcendant et s'est donné au Dieu de la raison: les lois, l'État et le parti...; et ce dernier l'a dépité et il n'y a plus lieu de faire marche arrière, car dans son effort il a brûlé tous ses vaisseaux, a joué sa vie entière; il a perdu la foi!...; et, sans elle les êtres humains ne peuvent pas

vivre, encore moins s'ils sont extrêmement sensibles et intelligents comme tout poète authentique, comme le fut ce barde péruvien.

Mots clés: Vallejo ; démesuré ; poète ; nihiliste ; marxiste.

Fecha de recepción: 16/03/2015

Fecha de aceptación: 23/05/2015

*A Mary Guardales,
mi excelente editora sanmarquina.*

Introducción

César Vallejo (1892-1938) es indudablemente el poeta más representativo de la lengua castellana en el Perú, pero eso no lo hace el poeta nacional¹, pues sus versos y su prosa no expresan el sentir de las mayorías que constituyen nuestro país.

Sin embargo, su obra escrita, que incursiona en todos los géneros —la novela, el cuento, la poesía, el teatro y el periodismo de opinión—, exhibe un gran manejo creativo, eximio y preciso del lenguaje. Destaca nítidamente como poeta, de ahí que trascienda fronteras convirtiéndose en universal y clásico. Con su pensar y decir, se ha aproximado a lo misterioso e insondable de la vida y la expresión verbal que podamos hacer de la misma.

César Vallejo es un poeta auténtico —en palabras de Friedrich Nietzsche—, que como los genuinos filósofos se deja llevar por el impulso hacia la verdad, y pregunta: «¿Qué es lo verdaderamente valioso de la existencia?»² (existencia frágil y efímera de comunes mortales).

1 Tal como lo sostiene Miguel Ángel Huamán en *Vallejo dice hoy*, p. 55.

2 Vid. *La filosofía en la época trágica de los griegos*, p. 39.

Como poeta auténtico, reconoció la necesidad metafísica, que es la necesidad de creer, que solo experimenta el ser humano, necesidad que satisface la fe como el elemento básico del pensamiento. Se inicia con la conciencia misma e inmediatamente desarrolla una tendencia a la conservación.

Ahora bien, la fe que necesitamos tener para encauzar nuestras vidas puede estar referida a alguna divinidad o algún ideal. Sin ella, como descreídos, nos hundiríamos en el más profundo nihilismo, que inevitablemente nos llevaría a la pérdida de las ganas de seguir viviendo, como le sucedió a este insigne y «desmesurado» poeta peruano y universal.

I

Nacimiento del poeta «desmesurado»

Vallejo, desde sus inicios en *Los heraldos negros* (1919), se muestra como un poeta pensante, cuyo interés gira en torno a la existencia del ser humano tal y como lo plantearon los poetas trágicos de la Grecia auroral. El poeta peruano, al igual que el Edipo de Sófocles, es el buscador de la verdad, el que aspira a conocerse a sí mismo y con su honradez ve su ruina, olvidando lo peligroso que resulta ir más allá de los límites de la medida trazados por los dioses y el destino a los míseros mortales. Más aún, experimenta el sentimiento trágico; pero él está distante de la tragedia, pues esta no solo se sentía sino que se vivía de manera colectiva. Él solo tiene una «sombria intuición» de lo trágico.

«Vallejo es, sin duda, un poeta *difícil* porque la clase de experiencia que quería comunicarnos era compleja —sentencia acertadamente José Miguel Oviedo— y se colocaba en los límites mismos de lo que podemos expresar con el lenguaje. En eso consiste

parte de su grandeza: en haber querido llegar a donde otros, antes y después de su tiempo, no se atrevieron a explorar con la intensidad, pertinencia y sombría intuición de él»³. Por esta razón, a su connatural tristeza⁴ y *fatalismo* confeso⁵, le añadirá la convicción y certeza del sin-sentido del existir, que lo conducirá a sentirse solo, abandonado y acongojado en este mundo de mortales sufrientes. Así, el poeta confiesa:

Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!
 Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,
 la resaca de todo lo sufrido
 se empozara en el alma... Yo no sé!

Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras
 en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte.
 Serán talvez los potros de bárbaros atilas;
 o los heraldos negros que nos manda la Muerte.

Son las caídas hondas de los Cristos del alma,
 de alguna fe adorable que el Destino blasfema.
 Esos golpes sangrientos son las crepitaciones
 de algún pan que en la puerta del horno se nos quema.

Y el hombre... Pobre... pobre! Vuelve los ojos, como
 cuando por sobre el hombro nos llama una palmada;

3 Vid. César Vallejo. *Antología poética*, p. 12.

4 Conviene tomar en cuenta la impresión que le causó al adolescente Ciro Alegría el joven profesor César Vallejo —tal como lo recuerda en sus memorias *Mucha suerte con barto palo*—: «De todo su ser fluía una gran tristeza. Nunca he visto a un hombre que pareciera tan triste..., había algo profundamente desgarrado en aquel hombre que yo no entendí sino sentí con toda mi despierta y alerta sensibilidad de niño... Volviendo a examinar los rasgos de mi profesor, lo encontré parecido a Cayetano Oruna, peón de nuestra hacienda a quien llamábamos Cayo... Así fue como encontré a César Vallejo y así como lo vi, tal si fuera por primera vez... Cuando recuerdo aquella ocasión, me parece verlo arrodillado con la mirada, sufriendo, por el niño y él y todos los hombres» (Vid. César Hildebrandt. «El Vallejo que conoció Alegría». En: *Hildebrandt en sus trece*).

5 Cf. César Vallejo. *Correspondencia completa*, pp. 128-129.

vuelve los ojos locos, y todo lo vivido
se empoza, como charco de culpa, en la mirada.

Hay golpes en la vida, tan fuertes... Yo no sé!⁶

Finaliza este libro quejándose de su suerte ante el creador de lo existente, reclamándole lo mismo pero de distintas maneras, como reza el título «Espergesia»⁷:

Yo nació un día
que Dios estuvo enfermo.

Todos saben que vivo,
que soy malo; y no saben,
del diciembre de ese enero.
Pues yo nació un día
que Dios estuvo enfermo.

Hay un vacío
en mi aire metafísico
que nadie ha de palpar:
el claustro de un silencio
que habló a flor de fuego.

Yo nació un día
que Dios estuvo enfermo.

Hermano, escucha, escucha...
Bueno. Y que no me vaya
sin llevar diciembres,
sin dejar eneros.
Pues yo nació un día
que Dios estuvo enfermo.

6 Vid. «*Los heraldos negros*». En: *Poemas completos*, p. 73.

7 Vid. *Ob. cit.*, p. 160.

Todos saben que vivo,
que mastico... Y no saben
por qué en mi verso chirrían,
oscuro sinsabor de féretro,
luidos vientos
desenroscados de la Esfinge
preguntona del Desierto.

Todos saben... Y no saben
que la Luz es tísica,
y la Sombra gorda...
Y no saben que el Misterio sintetiza...
que él es la joroba
musical y triste que a distancia denuncia
el paso meridiano de las lindes a las Lindes.

Yo nací un día
que Dios estuvo enfermo,
grave.

Palabras profundas de un creyente judeocristiano, cuestionador y decepcionado, que reclama a su creador por su infeliz situación, quedándose con la única posible explicación: «Nací» o, mejor dicho, nacimos «un día / que Dios estuvo enfermo, grave».

El poeta-pensador se inclina por esos años al nihilismo y la negación de Dios, sentimiento propio y muy en boga entre los jóvenes citadinos y universitarios de la época. Interpela a Dios, quien desconoce el sufrimiento humano —de «este pobre barro pensativo»—, el terrible martirio experimentado ante el abandono del ser amado que sufren los míseros mortales en esta vida, tan incierta como un juego de «dados» que de tanto rodar irreversiblemente terminarán en la sepultura. Así, en «Los dados eternos», el joven poeta encara a Dios, y, desafiante, anota:

Dios mío, estoy llorando el ser que vivo;
me pesa haber tomádote tu pan;
pero este pobre barro pensativo
no es costra fermentada en tu costado:
tú no tienes Marías que se van!

Dios mío, si tú hubieras sido hombre,
hoy supieras ser Dios;
pero tú, que estuviste siempre bien,
no sientes nada de tu creación.
Y el hombre sí te sufre: el Dios es él!

Hoy que en mis ojos brujos hay candelas,
como en un condenado,
Dios mío, prenderás todas tus velas,
y jugaremos con el viejo dado...
Talvez, ¡oh jugador! al dar la suerte
del universo todo,
surgirán las ojeras de la Muerte,
como dos ases fúnebres de lodo.

Dios mío, y esta noche sorda, oscura,
ya no podrás jugar, porque la Tierra
es un dado roído y ya redondo
a fuerza de rodar a la aventura,
que no puede parar sino en un hueco,
en el hueco de inmensa sepultura⁸.

Así, el vate provinciano se abre al mundo europeizado como la voz del héroe moderno que ha perdido la fe en Dios y, lo que es más terrible, ha empezado a abandonar el lenguaje mismo; de este modo, encuentra que la vida es trágica —aunque no la pueda vivir como tal, puesto que la tragedia nació y murió entre los griegos—,

8 Vid. *Ob. cit.*, p. 145.

«un nudo de guerra» —dirá años más tarde en *Trilce* (1922)—, situado en el mundo como un ser solitario, desarraigado y rechazado.

Años después, ya instalado en París, vivirá temporadas de terribles carencias económicas —como nos informa detalladamente Stephen Hart— y también sus más profundas decepciones que le permitirán poetizar desde la vivencia misma sus más descarnadas reflexiones sobre la condición humana⁹; y sufrirá los más grandes «ahogos» por la falta del «aire metafísico» y sus dudas con respecto a sus sentimientos religiosos.

En sus poemas recogidos y publicados por Georgette de Philippart, su viuda, bajo el nombre de *Poemas humanos* (1939), título escogido por ella y Raúl Porras Barrenechea, «Vallejo explora desde dentro de la condición del hombre que sufre [advierde Marco Martos], no como un poeta que se acerca a los dolientes para tratar de interpretar su sufrimiento, sino como un hombre que sufre y que tiene el don de la palabra»¹⁰. Vivirá esos años tratando de superar «el error innato de creer [como señalara Arthur Schopenhauer] que existimos para ser felices, cuando en realidad la vida es sufrimiento, dolor»¹¹. En el poema titulado «Un hombre pasa con un pan al hombro»¹², fechado en noviembre de 1937, escribe:

Un hombre pasa con un pan al hombro
¿Voy a escribir, después, sobre mi doble?

Otro se sienta, ráscasn piojoe, extrae u de su axila, mátaloo
¿Con qué valor hablar del psicoanálisis?

9 Cf. César Vallejo. *Una biografía literaria*, pp. 175-204.

10 Vid. *Poéticas de César Vallejo*, p. 26.

11 Vid. *El mundo como voluntad y representación*, pp. 616-617.

12 Vid. *Ob. cit.*, pp. 390-391.

Otro ha entrado a mi pecho con un palo en la mano
¿Hablar luego de Sócrates al médico?
Un cojo pasa dando el brazo a un niño
¿Voy, después, a leer a André Bretón?

Otro tiembla de frío, tose, escupe sangre
¿Cabrá aludir jamás al Yo profundo?

Otro busca en el fango huesos, cáscaras
¿Cómo escribir, después, del infinito?

Un albañil cae de un techo, muere y ya no almuerza
¿Innovar, luego, el tropo, la metáfora?

Un comerciante roba un gramo en el peso a un cliente
¿Hablar, después de cuarta dimensión?

Un banquero falsea su balance
¿Con qué cara llorar en el teatro?

Un paria duerme con el pie a la espalda
¿Hablar, después, a nadie de Picasso?

Alguien va en un entierro sollozando
¿Cómo luego ingresar a la Academia?

Alguien limpia un fusil en su cocina
¿Con qué valor hablar del más allá?

Alguien pasa contando con sus dedos
¿Cómo hablar del no-yó sin dar un grito?

Efectivamente, en cada una de las interrogantes presentes en el poema, se recalca lo absurdo y cruel que resulta el existir humano, crueldad que ha llevado hasta la cocina misma el arma letal con la que se matan entre sí los humanos mortales sin respetar ni filiaciones carnales ni ideológicas-espirituales.

II

Nacimiento del poeta militante

Cuando César Vallejo llegó a Lima, la ciudad no captó su atención. Sin embargo, el vate provinciano quedó fascinado ante la Universidad de Lima (la de San Marcos) y al alternar con la crema y nata de la élite limeña, donde se codeó con gente como los Belaunde, los Gálvez, los Miró Quesada, los Riva-Agüero, los Lavalle, entre otros, tal como lo relata en una carta a sus amigos de Trujillo (fecha el 27 de febrero de 1918 y recogida por Stephen Hart), donde el poeta, exultante, afirma: «... Me siento pulcro, claro, nítido, fuerte, enhiesto, olímpico, ¡vamos!... ya ven ustedes: hoy he amanecido al otro lado de las cosas. ¡Viva la vida!... Clemente Palma: uno de mis mayores admiradores. Así como suena»¹³. Unos años después, en 1923, desde la capital del Perú, el poeta, ya autor consagrado, emprendió su viaje sin retorno a Europa, fuente de todas las ideas e inquietudes que inspiraron a los jóvenes de la élite peruana de las primeras décadas del siglo XX.

Sin embargo, para entender su recorrido existencial y su evolución intelectual-espiritual, hay que considerar que la matriz formadora de César Vallejo, tanto durante sus primeros años —en la casa paterna, donde gozó del cariño del padre y particularmente del de la madre—, como en su vida universitaria —alejado del entrañable hogar de aquella infancia feliz—, fue el judeocristianismo y su profundo mesianismo. Esto nos permite entender no solo su rebeldía de joven que cuestiona sus convicciones y reclama a su creador por la actual situación de desgracia y sufrimiento de sus hermanos, los mortales, sino también su búsqueda sincera y honrada de un nuevo referente o paradigma absoluto para la construcción de un mundo sano y perfecto.

13 Vid. *Ob. cit.*, p. 85.

Ahora bien, el judeocristianismo de la época es el de la Europa moderna y globalizadora, que ha venido experimentando severos cambios espirituales como consecuencia de las transformaciones sociales y económicas que se han ido presentando a partir de los siglos XII y XIII y consolidando después del Renacimiento y la postulación de los nuevos íconos productos de la razón, como son la ciencia-técnica y el Estado.

En la época en la que vivió el poeta, muy distante se encontraba el judeocristianismo de la Alta Edad Media, en la que Job era, sin duda, el modelo bíblico y la imagen del *Homo —viator/ en el camino, y penitens/penitente—* estaba mejor encarnada por él. «Esta visión pesimista del hombre, débil, vicioso —recalca Jacques Le Goff—, sufriente, penitente y siempre en viaje por esta tierra y por su vida que son espacios/tiempo efímeros de su destino, donde él camina, según sus elecciones, hacia la vida o hacia la muerte para la eternidad, fue predominante hasta antes de los siglos XII-XIII»¹⁴.

Esa es una visión que fue reemplazada por una imagen más optimista del hombre, reflejo de la imagen divina, capaz de continuar en la tierra la creación y capaz de salvarse a sí mismo; pero esta nueva representación contiene elementos que se le han ido añadiendo a partir del Renacimiento, en la que el progreso y la salvación ya no son únicamente algo espiritual-trascendental sino económico-terrenal, como lo continuarían argumentando los filósofos ilustrados, los positivistas y particularmente el marxismo triunfante después de la experiencia de octubre de 1917.

Estos cambios en la matriz judeocristiana, formadora del poeta, explicarían su actitud de rebeldía ante el creador, por la si-

14 Vid. *El hombre medieval*, p. 78.

tuación desgraciada, sufriente y desgarradora de los hombres que son explotados en la labor diaria con las máquinas y sometidos a un mundo cada vez más inhumano, donde las relaciones vitales van siendo reemplazadas por el trato entre cosas y mercancías.

Al reclamo airado le sucede el alejamiento y por último la negación del Dios trascendente; pero el poeta no olvida ni abandona su matriz primigenia, sino, más bien, busca un referente o paradigma absoluto que garantice una sociedad perfecta donde cesen los conflictos permanentemente. El cambio, por cierto, no fue nada fácil: se convirtió en su gran dilema existencial¹⁵, lo cual no solo explica el silencio de sus últimos años —casi no publicó poesía entre 1922 y 1938, año de su muerte—, sino también su grandeza. César Vallejo fue un poeta que nunca se durmió en sus laureles —nos advierte Julio Ortega—, a los que, ya sabemos, prefería asumir como cebollas¹⁶.

Su dedicación al marxismo se acentuó en Europa en el año 1926 y se definió con total nitidez en el siguiente año¹⁷. En esta

15 Por esos años, escribe con frecuencia a su amigo Pablo Abril de Vivero unas cartas que confirman su fatalismo y sus dudas existenciales. Así por ejemplo, en la misiva del 19 de octubre de 1924, le revela: «... Algún día podré morirme, en el transcurso de la azarosa vida que me ha tocado llevar, y entonces, como ahora, me veré solo, huérfano, de todo aliento familiar y hasta de todo amor. Pero mi suerte está echada. Estaba escrito. Soy fatalista. Creo que todo está escrito». Y meses después, en una carta del 5 de julio de 1925, le confiesa: «... me acabo de consultar con un médico, en forma detenida... y que la causa de mi mala salud proviene de mi miseria, que sobrellevo hace dos años... Mi vida va pasando así, y ella sigue esterilizándose más y más, para toda labor. Ni yo saco nada de ella, ni nadie. Mi vida no sirve ni a mí ni a nadie. Este remordimiento se hace cada día más tormentoso y obsesionante» (Vid. *César Vallejo. Correspondencia completa*, pp. 128-129; 145).

16 Cf. *César Vallejo. La escritura del devenir*, p. 59.

17 No obstante, todavía no lograba superar su confeso fatalismo, así se evidencia en una carta a su fiel amigo y «bombero financiero» Pablo Abril de Vivero, escrita desde París el 12 de septiembre de 1927: «... Hasta ahora vivo sumido en un paréntesis provisorio, a las puertas siempre de otro género de existencia, que, como repito, no llega nunca...

ideología, encontró la promesa de un nuevo mundo que ya se había puesto en marcha por la voluntad de los bolcheviques al mando de Trotsky —a quien admiraba de manera particular— y Lenin, el líder nato de la revolución rusa.

Inició así una nueva etapa en su vida, alejado geográficamente de su terruño natural y distante espiritualmente de sus iniciales convicciones. Abrazó la causa marxista, comunista y se convirtió en un poeta y escritor militante. En 1928, después de su primer viaje a Rusia, redactó, junto con otros políticos y escritores peruanos, una tesis a favor del Partido Comunista Peruano, recién fundado por José Carlos Mariátegui, y propuso crear una célula del partido en París. Al año siguiente, en 1929, emprendió su segundo viaje a Rusia —acompañado por su amada Georgette, que compartía sus convicciones políticas¹⁸— y quedó deslumbrado ante los cambios que se venían operando. En 1931, se inscribió en el Partido Comunista Español y entusiastamente se entregó como poeta y escritor a la nueva causa, compartiendo el sueño —nacido de la razón humana que se había alejado de toda «participación mística» y se consideraba ilimitada-todopoderosa— y la pasión de

Y así han transcurrido cinco años en París... Ya no es posible postergar por más tiempo esta engañosa situación. Empiezo a preferir la miseria definitiva, antes que sostenerme en tan equívoca y temblorosa inseguridad del porvenir. Empiezo a resignarme. Empiezo a reconocer en la suma miseria mi vía auténtica y única de existencia. Me parece que yerro, al buscar la seguridad económica o, al menos, el pan a su hora y el agua a su hora. Yo he nacido para pobre de solemnidad y cuanto haga yo en contra será, como lo ha sido hasta ahora, estéril. Me parece que esto no es literatura, puesto que parte de la realidad y apunto a la realidad» (Vid. *Ob. cit.*, p. 224).

- 18 Resulta muy interesante tener en cuenta las palabras de Georgette, quien afirma: «Entre Vallejo y yo, tácito era el acuerdo: no se pronunciaba nunca la palabra felicidad, personal o conyugal; vivíamos por y para la revolución mundial. Es para tal ineptia que Vallejo habrá aniquilado tan anónimamente su vida y que, por mi parte —disculpen— he visto pasar toda mi existencia, de todo despojada y sin una hora propia» (Vid. *Allá ellos, allá ellos, allá ellos!*, pp. 45-46).

muchos intelectuales de ese tiempo, que consideraban tener una misión sagrada que cumplir. Esta fue una empresa que el poeta peruano intentó realizar en España, en plena guerra civil, por razones ideológico-políticas.

A este período pertenecen sus creaciones poéticas como *España, aparta de mí este cáliz* y los recogidos con el nombre de *Poemas humanos*, entre los más celebres; asimismo, cuentos como «Paco Yunque» y la novela *El Tungsteno*, que, sin duda, es la obra narrativa más polémica y controvertida del escritor santiaguino. Como lo resalta el reconocido vallejista Antonio González Montes, fue un «período de gran actividad política, de intensa labor creativa y de gran lucidez ideológica y teórica, inspirado en el arte socialista..., más universal y permanente que el anterior y responde a una sensibilidad y una visión más profundas y plenas de lo humano y lo social»¹⁹.

Ahora bien, este cambio de referente o paradigma absoluto no resulta nada extraordinario si tenemos en cuenta que

el viejo mesianismo y profetismo judíos —nos recuerda Karl Löwith—, que permanecieron inalterados a pesar de dos mil años de historia económica —desde el artesanado hasta la gran industria—, y la fe judía en una justicia absoluta, explican la base idealista del materialismo histórico. Bajo la forma de aparentes predicciones científicas, el *Manifiesto Comunista* conserva el inconfundible rasgo de la fe: «la confianza cierta en la llegada de lo que se espera»... Marx fue ante todo un judío digno del Antiguo Testamento...²⁰.

Antes de pasar a citar algunos versos de Vallejo que corresponden a su período de poeta militante, comprometido con la causa comunista, quisiera puntualizar la diferencia abismal que se

19 Vid. Antonio González Montes. *Introducción a la narrativa de Vallejo*, pp. 49-50.

20 Vid. Karl Löwith. *Historia del mundo y salvación*, pp. 61-62.

abre entre el poeta «trágico» moderno y el auténtico trágico de la antigua Grecia auroral.

Ambos, recordemos, son poetas auténticos, «desmesurados» prefiero llamarlos, en tanto que hicieron de la poesía un género para pensar, pensar poética y metafóricamente la condición humana, en su efímera, variable y voluble existencia. Y en ambos casos, su pensar y su decir han ido al fondo más insondable (y cuanto más profundo más claro) del sentido de la vida y la existencia humana: el antiguo poeta lo hizo en un estado de «posesión o inspiración» por parte de lo divino-misterioso; el poeta moderno-contemporáneo, en cambio, soslaya o niega esta experiencia y todo lo atribuye a su capacidad racional.

Ahora bien, el poeta trágico griego no dejó de conmoverse hondamente ante la miseria de la existencia, y así lo demuestra la propia invención de la tragedia, que le pertenece. Desde Homero, encontramos ese reconocimiento: «... nada hay sin duda más mísero que el hombre / de todo cuanto camina y respira sobre la tierra»²¹; y le sigue Hesíodo, quien en la *Teogonía* sentencia: «... No haber nacido sería lo mejor para el hombre, / sin haber visto jamás el resplandor del amanecer, / de haber nacido conviene franquear cuanto antes / las puertas del Hades y descansar bajo una espesa capa de tierra»²². Asimismo, Sófocles, en *Edipo en Colono*, sintetiza: «... El no nacer es la suerte que triunfa sobre todas las otras, pero la que más se le acerca es volver cuanto antes allí de donde venimos»²³; y, Eurípides, el más trágico, en *Hipólito*, afirma: «... La vida de cualquier hombre está colmada de dolor y no hay remedio para sus fatigas»²⁴.

21 Vid. Homero. *Iliada*. XVII, 446.

22 Vid. Hesíodo. *Ob. cit.*, 560-562. En: *Obras y fragmentos*.

23 Vid. Sófocles. *Ob. cit.*, 1225. En: *Obras Completas*.

24 Vid. Eurípides. *Ob. cit.*, 189.

¿Qué hacer ante tal designio? Vivir el presente, aceptando tu situación de mortal y alegrarte de esta existencia efímera, que debes sobrellevar dignamente como humano, procurando la mejor armonía entre los tuyos, evitando la violencia y plenamente consciente de que no podrás jamás construir un mundo social perfecto ni menos para siempre. Los trágicos griegos no pensaron desde la desdicha —nos recuerda Friedrich Nietzsche— y angustia, sino desde la ventura y la vida feliz y alegre²⁵. He aquí el mensaje de «salvación» que trae consigo la religiosidad griega (como lo ha explicado Karl Kerényi), mediante el cual se supera el prejuicio de que solo la religión judeocristiana contiene un mensaje de salvación para el infeliz mortal²⁶.

El poeta «trágico» moderno-contemporáneo de matriz judeocristiana, como es el caso de César Vallejo, primero no aceptó que Dios haya podido dejar que la miseria y el sufrimiento humano se intensificaran, salvo que haya realizado su creación cuando estuvo enfermo, gravemente enfermo. Luego, al abandonar la búsqueda de la salvación trascendental, vio en el marxismo la doctrina que permitiría guiar a los hombres hacia la conquista de la justicia absoluta e instaurar un mundo social donde reinara la paz perpetua, es decir, donde llegara la salvación de carácter terrenal y la consumación del progreso material. El presente, para este poeta, estuvo lleno de infelicidad, de ahí que su pensar y decir nacieran de la desventura y la desdicha, y que se proyectaran a un mundo mejor y eterno, renovado de generación en generación por la solidaridad de todos los hombres comprometidos en la conquista de esta noble causa.

25 Cf. *La filosofía en la época trágica de los griegos*, pp. 38-39.

26 Cf. *La religión antigua*, pp. 197-198.

Así se puede entender mejor el sentido de los poemas de *España, aparta de mí este cáliz*, escritos y leídos en medio de la guerra civil que padecieron los españoles por esos años, aunque todos serían publicados póstumamente en 1939, por los soldados republicanos. En esta guerra, donde los comunistas guiaban a una gran parte del pueblo español, se luchó por derrotar el sufrimiento, la injusticia y el odio, exacerbados por los amigos del dinero y las ganancias excesivas.

En «Himno a los voluntarios de la República», que inicia este poemario sobre su experiencia militante y bélica en España —de acuerdo al análisis de Juan Larrea—, Vallejo celebra entusiasta y extensamente la marcha de los milicianos que voluntariamente entregan hasta sus vidas por la defensa de sus derechos e ideales, en un conflicto que expresa la agonía a nivel planetario, puesto que los problemas de injusticia son semejantes en todo el orbe. El poeta marcha, celebra y evoca en estos términos a sus camaradas y hermanos de esta nueva «religión»²⁷:

27 No olvidemos que el triunfo de Lenin en Rusia (lugar que visitó César Vallejo en dos oportunidades y que le inspiró escritos como *Rusia en 1931* y *El arte y la revolución*) significó que la nueva fe y la religión impuesta por los bolcheviques traería consigo el nacimiento de un nuevo hombre. «Los viejos mitos habían caído [advierte Leszek Kolakowski], pero los hombres buscaban aún un significado a la vida; el socialismo abría brillantes perspectivas y era capaz de inspirar sentimientos de unidad y entusiasmo que merecían ser llamados religiosos. Marx no solo fue un hombre académico, sino también un profeta religioso. En la religión socialista, Dios era sustituido por la humanidad, una creación superior en la que el individuo podía hallar por fin un objeto de amor y culto; de esta forma podía trascender a su insignificante yo y experimentar el gozo de sacrificar su propio interés para el infinito aumento del ser colectivo. La identificación efectiva del hombre con la humanidad le liberaría del temor del sufrimiento y a la muerte, restauraría su dignidad y fuerza espiritual, y reforzaría sus facultades creativas. La nueva fe era una premonición de la gran armonía del futuro: la moralidad individual sería anulada por la moralidad colectiva, adquiriendo así sentido las acciones humanas. El verdadero creador de Dios era el proletariado, y su revolución era el acto fundamental de creación de Dios» (Vid. Leszek Kolakowski. *Las principales corrientes del marxismo*, t. II, p. 438).

Voluntario de España, miliciano
de huesos fidedignos, cuando marcha a morir tu corazón,
cuando marcha a matar con su agonía
mundial, no sé verdaderamente
qué hacer, dónde ponerme; corro, escribo, aplaudo,
lloro, atisbo, destrozo, apagan, digo
a mi pecho que acabe, al bien, que venga,
y quiero desgraciarme;

[...]

Un día prendió el pueblo su fósforo cautivo, oró de cólera
y soberanamente pleno, circular,
cerró su natalicio con manos electivas;
arrastraban candado ya los déspotas
y en el candado sus bacterias muertas...

[...]

Proletario que mueres de universo, ¡en qué frenética armonía
acabará tu grandeza, tu miseria, tu vorágine impelente,
tu violencia metódica, tu caos teórico y práctico, tu gana
dantesca, españolísima, de amar aunque sea a traición, a tu
[enemigo!

[...]

¡Se amarán todos los hombres
y comerán tomados de las puntas de vuestros pañuelos tristes
y beberán en nombre
de vuestras gargantas infaustas!

[...]

¡Obrero, salvador, redentor nuestro,
perdónanos, hermano, nuestras deudas!
Como dice un tambor al redoblar, en sus adagios:
qué jamás tan efímero, tu espalda!
qué siempre tan cambiante, tu perfil!

[...]

¡Voluntarios,
 por la vida, por los buenos, matad
 a la muerte, matad a los malos!
 ¡Hacedlo por la libertad de todos,
 del explotado y el explotador,
 por la paz indolora —la sospecho
 cuando duermo al pie de mi frente
 y más cuando circulo dando voces—
 y hacedlo, voy diciendo,
 por el analfabeto a quien escribo,
 por el genio descalzo y su cordero,
 por los camaradas caídos,
 sus cenizas abrazadas al cadáver de un camino!²⁸

Es una lucha que concluirá con la victoria final, cuando todo el pueblo, el «candoroso proletariado», se levante —predice con fervor religioso—, como una gran masa, una poderosa y arrolladora «Masa», como titula Vallejo a uno de sus más emblemáticos poemas, donde termina por crear una nueva humanidad redimida del egoísmo, el dolor y la muerte. El combatiente, mientras tanto, no debe perder la fe en el triunfo, como lo declaman sus versos:

Al fin de la batalla,
 y muerto el combatiente, vino hacia él un hombre
 y le dijo: «¡No mueras, te amo tanto!»
 Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Se le acercaron dos y repitiéronle:
 «No nos dejes! ¡Valor! ¡Vuelve a la vida!»
 Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

28 Vid. César Vallejo. *Poemas completos*, pp. 423-428.

Acudieron a él veinte, cien, mil, quinientos mil,
clamando: «Tánto amor, y no poder nada contra la muerte!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Le rodearon millones de individuos,
con un ruego común: «¡Quédate, hermano!»
Pero el cadáver ¡ay! siguió muriendo.

Entonces, todos los hombres de la tierra
le rodearon; les vio el cadáver triste, emocionado;
incorporose lentamente,
abrazó al primer hombre; echose andar...²⁹

Y en «España, aparta de mí este cáliz», se dirige a los niños, al futuro de la humanidad; también a España como madre universal, que si cae y no se libra de la injusticia, albergará más niños del mundo para que continúen con la lucha «cuando crezcan». Así, el poeta los invoca:

Niños del mundo,
si cae España —digo, es un decir—
si cae
del cielo abajo su antebrazo que asen,
en cabestro, dos láminas terrestres;
niños, ¡qué edad de las sienes cóncovas!
¡qué temprano en el sol lo que os decía!
¡qué pronto en vuestro pecho el ruido anciano!
¡qué viejo vuestro 2 en el cuaderno!

¡Niños del mundo, está
la madre España con su vientre a cuestras;
está nuestra maestra con sus férulas,
está madre y maestra,
cruz y madera, porque os dio la altura,

29 Vid. *Ob. cit.*, p. 450.

vértigo y división y suma, niños;
está con ella, padres procesales!

Si cae —digo, es un decir— si cae
España, de la tierra para abajo,
niños, icómo vais a cesar de crecer!

[...]

Niños,

[...]

si no veis a nadie, si os asustan
los lápices sin punta, si la madre
España cae —digo, es un decir—,
salid, niños del mundo: id a buscarla!...³⁰

La Guerra Civil que desangró a múltiples ciudades ibéricas, tuvo muchos ingredientes: enfrentamientos entre nacionalismos, entre demócratas y comunistas contra fascistas; y las intensas purgas y procesos entre comunistas divididos entre leninistas-estalinistas y trotskistas. Se inició en julio de 1936 y concluyó en abril de 1939, después de la toma de Madrid en marzo de 1937, a manos de las fuerzas fascistas que fueron poco a poco acabando con los focos de resistencia contando con el apoyo de los gobiernos fascistas de Italia y Alemania. España cayó, como lo sospechaba el poeta: su «decir» se hizo realidad, una amarga y frustrante realidad.

Al final del proceso bélico, el general Francisco Franco Bahamonde impuso un gobierno dictatorial y conservador que permaneció en el poder hasta su muerte, acaecida en 1975. El poeta peruano y universal, testigo y miliciano, tuvo que retirarse a París

³⁰ Vid. *Ob. cit.*, pp. 454-455.

después de la toma de Madrid. A la llamada Ciudad Luz, llegó este hombre, completamente derrotado, desilusionado y triste.

III

El poeta desarmado, desilusionado y triste

Los versos del poema XIV de *España, aparta de mí este cáliz* describen a una España luchando contra sí misma, a unos hombres que viven enfrentamientos fratricidas, aun perteneciendo a credos religiosos afines o siendo partidarios de las mismas ideologías; eran particularmente comunistas divididos por esos años entre leninistas-estalinistas y trotskistas. Dice el poeta:

¡Cúidate, España, de tu propia España!
¡Cúidate de la hoz sin el martillo,
cúidate del martillo sin la hoz!
¡Cúidate de la víctima apesar suyo,
del verdugo apesar suyo
y del indiferente apesar suyo!
¡Cúidate del que, antes de que cante el gallo,
negárate tres veces,
y del que te negó, después, tres veces!
¡Cúidate de las calaveras sin las tibias,
y de las tibias sin las calaveras!
¡Cúidate de los nuevos poderosos!
¡Cúidate del que come tus cadáveres,
del que devora muertos a tus vivos!
¡Cúidate del leal ciento por ciento!
¡Cúidate del cielo más acá del aire
y cúidate del aire más allá del cielo!
¡Cúidate de los que te aman!
¡Cúidate de tus héroes!

¡Cuidate de tus muertos!
 ¡Cuidate de la República!
 ¡Cuidate del futuro!..³¹.

Qué profunda desazón, desconfianza, desengaño y tristeza encierran cada uno de estos versos, fechados el 10 de octubre de 1937, casi a veinte años del triunfo de la revolución rusa. La hoz y el martillo enfrentados, el obrero y el campesino odiándose mutuamente, y los jefes comunistas, los famosos comisarios, son los «nuevos poderosos» de los que Vallejo recomienda que hay que cuidarse; y sigue recomendando, cada vez con mayor énfasis, cual gritos desgarradores, diversos cuidados, pero el más conmovedor es el último, que reza así: «¡Cuidate del futuro!...».

¿Qué fue de la esperanza en el mañana y la alegría de luchar solidariamente por un futuro mejor? ¡Todo se ha venido abajo ante sus ojos, él ha visto y escuchado esas persecuciones y enfrentamientos entre comunistas que resultaron ser más fieras ante sí mismos que contra el enemigo fascista! César Vallejo, poeta auténtico, dotado de palabra para expresar los sentimientos más sensibles y profundos del alma humana, no soportó tamaña desilusión. Otros de su generación, como George Orwell o Arthur Koestler, también experimentaron este profundo desengaño, pero encontraron formas expresivas para tratar de superar esa tremenda depresión³². Sin embargo, el poeta peruano, que ya

31 Vid. *Ob. cit.*, p. 453.

32 Arthur Koestler (1905-1983) fue un judío nacido en Hungría, que había escrito parte de su obra en alemán y vivió de cerca los acontecimientos más importantes de la época y en los que se involucró activamente, pues pasó del sionismo agresivo a las creencias parapsicológicas, del comunismo más dogmático y consecuente al anticomunismo feroz, de la fe en la república española a la lucha por el derecho a la eutanasia.

Fue un apasionado y a la vez inconforme de toda causa o creencia que abrazara; propendía ardorosamente hacia la disidencia. Tuvo muchos conflictos y abandonos en su vida, pero la deserción que lo hizo célebre fue la del Partido Comunista, al que se

había afiliado en Alemania, a principios de 1931, y del que se apartó siete años más tarde, después de haber sido militante y agente del Komintern, a tiempo completo, disgustado y decepcionado por los pleitos entre leninistas-estalinistas y trotskistas. «Era una fe poderosa —comenta de esos años juveniles y militantes—, y su pérdida un empobrecimiento para siempre. La mayoría de mis camaradas se sentían impulsados por las mismas ideas; por lo menos durante sus primeros pasos en su carrera partidaria, la visión prometeica dominaba la tendencia destructiva... Nunca antes ni después fue la vida tan plena de significado como en aquellos siete años. Tuvieron la grandeza de un hermoso error por encima de la podrida verdad... En fin, la mentalidad de una persona que vive dentro de un sistema cerrado de pensamiento, ya sea del comunismo u otro, puede resumirse en una sola fórmula: Puede probar todo lo que cree, y cree todo lo que cree, y cree todo lo que puede probar. El sistema cerrado agudiza las facultades mentales..., produce un tipo de inteligencia escolástica, talmúdica, minuciosa, que no le ofrece ninguna protección cuando quiere cometer las más toscas imbecilidades. La gente de este tipo se encuentra notablemente a menudo entre los intelectuales. Me gusta llamarlos los «ingeniosos imbéciles», expresión que no considero ofensiva, ya que yo fui uno de ellos» (Vid. *Autobiografía. 2. El camino hacia Marx*, pp. 120, 124 y 129).

Al abandonar el partido, su labor literaria comenzó y con mucho éxito; pareciera, como él mismo reconoció, que su militancia y su fe ciega habían ocasionado un efecto paralizador sobre sus cualidades creativas. Fue durante la Segunda Guerra Mundial, en 1940, cuando publicó las dos obras más importantes de su vida como literato: *Espartaco. La rebelión de los gladiadores*, y *El cero y el infinito*. Esta última no solo le dio fama y reconocimiento literario, sino que le sirvió para «desintoxicarse» del marxismo, exponiendo la vida del camarada Rubashov, que era interrogado, procesado y obligado a aceptar su culpa para salvar a la revolución y al Partido, de manera muy semejante a los procesos y ejecuciones que se realizaron entre agosto de 1936 y marzo de 1938, en Moscú, contra viejos bolcheviques como Bujarin, Kámenev, Zinóviev, entre otros. «... el Partido no puede equivocarse nunca [advierte Koestler en labios de uno de sus personajes], es la encarnación de la idea revolucionaria en la historia, y la historia no sabe de escrúpulos ni de vacilaciones... La historia conoce su destino y nunca se equivoca, y el que no tiene absoluta fe en la historia no pertenece al Partido» (Vid. *Ob. cit.*, p. 40). El viejo bolchevique termina aceptando todos los métodos y el Estado que él mismo había ayudado a crear.

Ahora bien, en estas reflexiones éticas y políticas se pareció mucho a otros de su generación como André Malraux, George Orwell, Albert Camus; pero los superó a todos en conocimientos científicos.

En los años cincuenta, Koestler anunció que se desinteresaba de los asuntos políticos y se entregó a los asuntos científicos. Su educación inicial en ciencias en la Universidad de Viena le permitió moverse con desenvoltura en el complejo escenario de las grandes transformaciones de la física, la biología, la química, la astronomía y las matemáticas. La parapsicología también llamó su atención. De esa etapa sobresalen sus escritos: *Los sonámbulos* (1959), *El espíritu de la máquina* (1968), *Las raíces del azar* (1974), *El desafío del azar* (1975), *Jano* (1981).

En todos ellos, su perspicaz inteligencia le permitió realizar reflexiones críticas muy agudas, en las que destaca la limitación humana para dar cuenta de lo misterioso que resulta todo lo existente. Advirtió también lo peligroso que resulta que intelectos superiores, como los de Platón y Aristóteles, esboquen explicaciones o teorías equivocadas y logren persuadir a otros de que esa es la verdad. Estas dos mentes gemelas, con sus errores, detuvieron por milenio y medio el desarrollo científico, particularmente, en el campo de la astronomía. «Sabemos que todo esto ocurrió —sentencia el analista y divulgador científico—; si conociéramos exactamente por qué sucedió, probablemente dispondríamos del remedio para las dolencias de nuestro tiempo» (Vid. *Los sonámbulos*, t. I, p. 31).

En marzo de 1983, el borrascoso, alcohólico, mujeriego y genial Koestler se suicidó junto a su tercera esposa, Cynthia Jefferies. El escritor tenía setenta y siete años y sufría la enfermedad de Parkinson, que se había visto agravada por una leucemia linfática crónica en fase terminal. La decisión no sorprendió a nadie, ya que había pasado los últimos años de su vida defendiendo la eutanasia a través de Exit, una organización que afirmaba el derecho a la muerte voluntaria.

George Orwell (1903-1950), seudónimo de Eric Blair, nació en la India y se educó en Inglaterra. En su turbulenta existencia fue sucesivamente policía, librero, maestro de escuela y periodista, y viajó por todo el mundo. Como muchos jóvenes de su generación, abrazó la causa comunista, que lo llevó a participar como miliciano en la Guerra Civil Española, entre los partidarios de orientación trotskistas del POUM: fue una experiencia que lo decepcionó de los ideales marxistas, como lo expuso en *Mi guerra civil española* (1939). Sin embargo, su éxito como escritor lo logrará con sus escritos publicados después de la Segunda Guerra Mundial: *Rebelión en la granja* (1945), *1984* y *Cazando un elefante* (1949). En la primera, describe alegóricamente la corrupción de los ideales socialistas de la Revolución rusa, por esos años conducida por Stalin. La trama es la siguiente: Los animales de la llamada «Granja Manor», propiedad del señor Jones y administrada por él, se sublevan victoriosamente contra sus dueños humanos y pasa a llamarse «Granja Animal», que incluso se hace más próspera que cuando la manejaban los humanos; pero pronto surgen las rencillas entre los cerdos, que se habían autoerigido como líderes por su inteligencia y empiezan a abusar de su poder y manipular los mandamientos —siete se habían dictado— en su favor. Snowball y Napoleón, los dos cerdos líderes, se enfrentan duramente hasta que Napoleón lanza sus perros contra el otro, al que obliga a huir para siempre.

Napoleón, dueño absoluto, impuso un orden que solo favorecía a los cerdos que se comportaban de manera más abusiva que los humanos, sin poder hacer ningún reclamo. Su dictadura se consagra cuando los animales le preguntan al burro Benjamín —uno de los pocos que sabe leer— cuál es el único mandamiento que queda escrito y vigente. La respuesta es que el séptimo, convenientemente modificado por los cerdos, que dice así: «Todos los animales son iguales, pero algunos animales son más iguales que otros». Al final, por decisión de Napoleón, la granja recupera su nombre inicial («Granja Manor») y sus directivos celebran el acontecimiento brindando con los humanos ahí presentes. «No había duda de la transformación [escribe George Orwell] ocurrida en las caras de los cerdos. Los animales,

bastantes sufrimientos tenía acumulados y guardados a lo largo de su corta pero muy triste existencia, no soporto más...³³.

asombrados, pasaron su mirada del cerdo al hombre, y del hombre al cerdo; y, nuevamente, del cerdo al hombre; pero ya era imposible distinguir quién era uno y quién era otro» (Vid. George Orwell. *Rebelión en la granja*, p. 181). Y en 1984, su última novela y que marca el punto culminante de su talento de escritor, nos presenta al mundo del futuro dividido en tres grandes estados totalitarios. El protagonista, Winston Smith, aparece como símbolo de la rebelión contra el monstruoso «Gran Hermano», que quiere controlarlo todo, interviniendo incluso en las esferas más íntimas de los sentimientos humanos.

Mutatis mutandis y salvando las distancias, hoy en día, muchos de los que no quieren reconocer el fracaso y la inviabilidad de poner en práctica los «sueños de la razón» marxista optan por anquilosarse en sus creencias dogmáticas; así por ejemplo, Miguel Gutiérrez —el más importante prosista castellano de ultramar, autor, entre otros escritos, de *La violencia del tiempo* y la saga constituída por *Confesiones de Tamara Fiol*, *Kymper* y que ha de concluir con *Carta a Deyanira Urribarri*, centradas en torno a su compromiso político como creyente marxista de la década del ochenta en el país— no solo acepta haber «exorcizado» sus sentimientos de culpa escribiendo estas novelas, sino que se ratifica en sus creencias afirmando: «... Mi utopía personal sigue siendo la sociedad comunista, absolutamente libertaria..., y [frente al fracaso de los ideales marxistas], hay que partir de cero, hay que refundar el marxismo denunciando las desviaciones y atrocidades que se cometieron a nombre del ideal comunista... Soy un marxista heterodoxo..., y lo más importante: soy militante independiente del partido de la novela» (Vid.: «Exorcicé mis sentimientos...». En: *La República*). Otros, más sinceros y realistas, llegan hasta a maldecir toda utopía; así, por ejemplo, «... la utopía cristiana empezó con un hombre excepcional [afirma el talentoso y bien informado César Hildebrandt] que expulsaba a los mercaderes de los templos, pero terminó con los golpes de pecho del Opus Dei... La utopía comunista empezó con otro judío genial descubriendo el robo del salario y el secreto de la plusvalía y terminó en los juicios de Moscú dictados por Stalin: purgas de escalofrío donde se mataba en nombre del partido... El maoísmo utópico de las cuevas de Yenán terminó con las revelaciones del Dr. Li, el médico de Mao..., el líder tumbaba campesinas jovencitas... y Mao estaba convencido de que estas niñas le transfundían vitalidad. Odio las utopías. Odio, cada vez más, las grandes palabras y las enormes mentiras que tras ellas se esconden. El hombre no es la utopía de la creación. Y ni siquiera, de pronto, su comienzo. Tal vez todo esto es solo un experimento fallido y quizá seamos la utopía de un dios idiota» (Vid. César Hildebrandt. «Maldiciendo utopías». En: *Hildebrandt en sus trece*).

- 33 Sobre esto, es conveniente no dejar de considerar que la tristeza es el sentimiento más difundido entre los peruanos —quizás por tantos abusos, engaños, fracasos y derrotas acumuladas a lo largo de nuestra historia—; y, él, como poeta, debió sentirlo en mayor medida, profundamente. Marco Aurelio Denegri hace poco nos ha recordado, disertan-

do sobre la primacía de la tristeza entre los peruanos que «... en nuestro idioma, hay veintisiete vocablos que se refieren a la tristeza, pero apenas hay diez referentes a la alegría. Y, en el Perú, la tristeza es un vocablo muy presente en el uso diario; Pablo Macera ha dicho que en el Perú lo normal es sentirse mal y que la salud es una forma de adaptación incorrecta. «Quien se siente feliz en el Perú —afirma Macera— es un miserable; ni siquiera un tonto»... Federico More decía que aquí en el Perú, para llevar talento se necesita permiso, como para portar armas. Y dígame lo propio de la alegría. Aquí el talento y la alegría, y con cuanto mayor razón la felicidad y naturalmente el placer, causan recelo y rechazo. Quienes lo nieguen, revelan con su negativa que confunden lastimosamente lo espurio con lo auténtico» (Vid. «Primacía de la tristeza». En: *El Comercio*).

Es una Tristeza que padecemos y que no nos abandonará quién sabe por cuánto tiempo, pues, en las dos últimas décadas, hemos crecido económicamente —en el rubro de las exportaciones, construcciones de viviendas o departamentos y demás actividades económicas—, pero *no construimos un país y menos una nación*. José Matos Mar —uno de los gurúes sociales de nuestra colectividad, a propósito de una nueva edición en el 2010 de su *Desborde popular y crisis del Estado*, publicado en 1984— afirma equivocadamente que «... El otro Perú, al inicio de este siglo XXI, está en buen camino al haber logrado cambiar el rostro tradicional y criollo de la gran Lima dando fin a discriminaciones y prejuicios, acabando con mitos y categorías sociales, y haber contribuido a forjar una sociedad nacional andina que, con un buen gobierno y cambios estructurales, puede convertirse en un país emergente, pasar del crecimiento al desarrollo» (Vid. José Matos Mar. *Ob. cit.*, pp. 10-11).

Esta falta de cohesión como colectivo humano lo constatan muchos estudiosos de la sociedad peruana contemporánea, quienes convocados para conversar sobre la crisis de la institucionalidad en el país, afirmaron: «... esta crisis se encuentra en la ausencia de un proyecto colectivo», señala Germán Alarco, economista de la Universidad del Pacífico. «El Estado nunca ha sido un Estado nacional sino de unos cuantos que se benefician. Creo que si seguimos en esta misma dirección podríamos llegar a un punto en el cual el despelote o el desgobierno, como quieran llamarlo, amenazarán lo formal», anota el sociólogo Francisco Durand; y, Gonzalo Portocarrero, sociólogo de la ex PUCP, concluye «... la ley no tiene vigencia en nuestro país. Y no tiene vigencia porque no hay Estado y no hay nación. Al otro lo sentimos como un extraño, alguien que podemos engañar y cuyos derechos podemos atropellar porque no nos corresponde respetarlo... No hay nada que indique que el Perú sea una sociedad de ciudadanos. Estamos en una suerte de tierra de nadie. Nadie quiere ser el siervo, el cholito de nadie, pero tampoco nadie asume lo que son sus deberes y derechos... Son personajes exitosos pero inmorales» (Vid. «El Perú no es una sociedad de ciudadanos. Conversatorio». En: *Hildebrandt en sus trece*). En medio de esta catastrófica situación, indignan los «estudiosos» y los «analistas filosóficos y sociales», tratando de explicar todos estos fenómenos desde la más hipócrita identificación y compasión social.

Esta grave situación se percibe con más claridad si nos fijamos en los resultados del último proceso electoral del 5 de octubre de 2014 (lejos de poder llamarse, como les gusta decir a algunos analistas políticos, una «fiesta democrática»), que parecía ser

Al llegar a París, se reunió con su esposa Georgette, pero su compañía era sumamente difícil: —«... ella, objetivamente, es un problema terrible [le confiesa a su amigo Juan Larrea]. Sudo a chorros con ella. O me salvo, salvándola, o me salvo sin ella... ¡Joder! ¡Estoy caliente contra mí mismo!»³⁴; y elocuente también es el testimonio de Mario Vargas Llosa, quien narra «... ella era menuda y filiforme como un faquir y de carácter temible... La amistad con ella era difícilísima, como atravesar un campo de brasas ardientes, pues la cosa más nimia e inesperada podía ofenderla y desencadenar sus iras»³⁵. Georgette le amargaba más el sorbo diario del cáliz de la insoportable existencia que el poeta tenía que

un velorio, como para deprimirse. Esto debido a que se ha profundizado en la fragmentación política del país; y muchos de los candidatos, con antecedentes cuestionables, consiguieron el puesto público al que postulaban o estaban cerca de hacerlo ya que lograron pasar a una segunda vuelta. Entre nosotros se ha instalado un ambiente de impunidad y una preocupante mentalidad de elegir a la autoridad que sea eficaz «aunque robe». El resultado es «la resignación degenerada. Es una manera ruin de ser estoico [anota indignado el periodista César Hildebrandt], una vertiente de la involución...; mentalidad fruto no de la casualidad sino hereditaria...» (Vid. «Éxito del robo». En: *Hildebrant en sus trece*). Y el «legado» estaría en la historia, en los múltiples casos de corrupción administrativa y estatal que vienen desde las postrimerías del período colonial, pasando por el del guano y el salitre hasta nuestros días, como lo ha descrito y analizado con detalle Alfonso Quiroz en su *Historia de la corrupción en el Perú*, aparecida en mayo de 2013. Es una mala costumbre ancestral que se ha agravado en los últimos años por la llamada «cultura chicha o combi», donde todo ha sido confundido y se realiza con peculiar violencia, y, lo más preocupante, hasta con cierta tolerancia, pues existe una identificación con la corrupción de manera transversal. «¿Significa que nuestra sociedad [se interroga el psicoanalista Jorge Bruce] es intrínsecamente psicopática? La psicopatía se caracteriza por la ausencia de empatía afectiva (el psicópata sí posee empatía cognitiva: sabe lo que sientes pero no puede ni quiere sentirlo), carencia de escrúpulos, escaso sentimiento de culpa y un pragmatismo que hace de los otros meros peldaños para su ascenso personal» (Vid. «Una cultura psicopática». En: *La República*). Tenemos, pues, una lamentable situación que hará perdurar y ahondar nuestra legendaria tristeza. Quizá mi diagnóstico sea pesimista; sin embargo, no olvidemos que un pesimista no es más que un optimista bien informado.

34 Vid. Stephen Hart. *Ob. cit.*, pp. 221-222.

35 Vid. Mario Vargas Llosa. *El pez en el agua. Memorias*, pp. 456-457.

sufrir y sobrellevar. Estuvo verdaderamente solo, lo que es la más grande desolación del nihilista contemporáneo. Abandonó al dios trascendente y se entregó al dios de la razón: las leyes, el Estado y el partido...; pero este último le falló y Vallejo no halló forma de retroceder, pues en el intento había quemado todas sus naves, se había jugado la vida entera: ¡Perdió la fe!...

Ya nada en este mundo lo ata. No poseía bienes materiales y nunca los ha buscado; y los hijos que Georgette le pudo haber dado perecieron por abortos que él exigió. Así lo admitió ante su amigo Domingo Córdoba: «... Bien sabes que un hijo complicaría tremendamente mi vida y que a Georgette no la cambia ni el diablo... ¿Yo, padre de familia? ¡Nunca, ni pensarlo! ¡Yo soy solo y moriré sin dejar rezagos humanos de mi existencia!»³⁶. Vallejo únicamente dejará sus escritos, celosamente guardados y sin precisar fechas de redacción.

Leamos este otro poema que se titula: «Despedida recordando un adiós», fechado, probablemente, el 12 de octubre de 1937, en el que, como autor de versos cuyos significados han de ser presentidos (ya que la poesía demanda un viaje intuitivo³⁷), se despide mediante un mensaje críptico del profundo malestar que lo embarga; he ahí la clave para interpretar y comentar el poema:

Al cabo, al fin, por último,
 torno, volví y acábome y os gimo, dándoos
 la llave, mi sombrero, esta cartita para todos.
 Al cabo de la llave está el metal en que aprendiéramos
 a desdorar el oro, y está, al fin
 de mi sombrero, este pobre cerebro mal peinado,

36 Vid. Stephen Hart. *Ob. cit.*, pp. 220-221.

37 Cf. A. Schopenhauer. «La poesía». En: *El mundo como voluntad y representación*, pp. 335-349.

y, último vaso de humo, en su papel dramático,
 yace este sueño práctico del alma.
 ¡Adiós, hermanos san pedros,
 heráclitos, erasmos, espinozas!
 ¡Adiós, tristes obispos bolcheviques!
 ¡Adiós, gobernadores en desorden!
 ¡Adiós, vino que está en el agua como vino!
 ¡Adiós, alcohol que está en la lluvia!

¡Adiós también, me digo a mí mismo,
 adiós, vuelo formal de los miligramos!
 ¡También adiós, de modo idéntico,
 frío del frío y frío del calor!
 Al cabo, al fin, por último, la lógica,
 los linderos del fuego,
 la despedida recordando aquel adiós³⁸.

Así, mes a mes fue decayendo. Para marzo de 1938, el poeta le escribe una carta a su amigo Luis José de Orbegoso —según nos informa Stephen Hart en detallada biografía del poeta—, en la que le comentó que estaba muy débil y padecía un terrible surmenage: estaba postrado en cama, necesitando una larga curación y dinero para afrontarla, cosa última que no tenía lo cual aumentaba más su desolación³⁹. A inicios de abril, su salud se agravó, se le presentó un persistente hipo que le impedía la respiración. El eminente especialista Dr. Lemiére fue llamado el 7 de abril para revisarlo —nos relata el citado biógrafo—, y tras efectuar algunos exámenes declaró: «Todos los órganos están perfectos. Yo veo que este hombre se muere, pero no sé de qué»⁴⁰. Estaba muriendo de desasosiego —me permito afirmar—, la grieta aquella por la

38 Vid. César Vallejo. *Poemas completos*, p. 368.

39 Cf. César Vallejo. *Correspondencia completa*, p. 311.

40 *Ibid.*, p. 332.

que se infiltró la pena, una profunda desolación y depresión, que terminaron con sus pocas ganas de vivir⁴¹.

La mañana del 15 de abril de 1938 —Viernes Santo—, César Vallejo falleció, tal como lo había anunciado en unos versos tiempo atrás, aunque no fue jueves ni de tarde y en aguacero... (*¿una lluvia que tenía alcohol?*). Ya no importa, pues no necesita disipar ninguna pena... todo está consumado... para siempre.

Bibliografía

- EURÍPIDES, *Hipólito*. México: UNAM, 1998.
- FLORES, Gladys. *Vallejo para adolescentes*. Lima: Editorial Cátedra Vallejo, 2014.
- GONZÁLEZ, Antonio. *Introducción a la narrativa de Vallejo*. Lima: Editorial Cátedra Vallejo, 2014.
- HART, Stephen. *César Vallejo. Una biografía literaria*. Lima: Editorial Cátedra Vallejo, 2014.
- HESÍODO. *Obras y fragmentos*. Madrid: Editorial Gredos S. A., 1983.
- HILDEBRANDT, César. «Éxito del robo». *Hildebrandt en sus trece*. Lima, 3 de octubre de 2014.
- HOMERO. *Iliada*. Madrid: Club de Lectores, 1995.
- HUAMÁN, Miguel. *Vallejo dice hoy*. Lima: Editorial Cátedra Vallejo, 2014.
- KÉRENYI, Karl. *La religión antigua*. Madrid: Herder S. A., 1999.

41 Triste final que solo se explica por la pérdida de confianza en sus semejantes (el «otro»), y por ende en la pérdida de la fe en los ideales que motivan al ser humano a seguir viviendo y luchando. César Vallejo, poeta insigne y «desmesurado» perdió toda esperanza en el hombre... y en el mañana...; cuestión que no es fácil de aceptar por parte de sus admiradores ideológicos más que poéticos. De ahí que no sea raro que se busquen una serie de «causas» para explicar su muerte. Una última de estas explicaciones es la que se formula en los siguientes términos: «Los médicos no pueden diagnosticar [advierde Gladys Flores] qué enfermedad padece. Tiempo después se supo que Vallejo había recaído por la reactivación de un paludismo que sufrió de niño» (Vid. *Vallejo para adolescentes*, p. 85).

- KOESTLER, Arthur. *Autobiografía. 2. El camino hacia Marx*. Madrid: Alianza Editorial S. A., 1999.
- . *El cero y el infinito*. Buenos Aires: Emecé Editores S. A., 1960.
- . *Los sonámbulos*. 2 vols. Barcelona: Salvat Editores S. A., 1986.
- KOLAKOWSKI, Leszek. *Las principales corrientes del marxismo*. T. II. Madrid: Alianza Editorial S. A., 1982.
- LE GOFF, Jacques. *El hombre medieval*. Madrid: Alianza Editorial S. A., 1999.
- LÖWITH, Karl. *Historia del mundo y salvación*. Buenos Aires: Katz Editores, 2007.
- MATOS Mar, José. *Desborde popular y crisis del estado*. Lima: Empresa Editora El Comercio, 2010.
- MARTOS, Marco. *Poéticas de César Vallejo*. Lima: Editorial Cátedra Vallejo, 2014.
- NIETZSCHE, Friedrich. *La filosofía en la época trágica de los griegos*. Madrid: Valdemar Editores, 1999.
- ORTEGA, Julio. *César Vallejo. La escritura del devenir*. Lima: Santillana S. A., 2014.
- OVIEDO, José Miguel. *César Vallejo. Antología poética*. Madrid: Alianza Editorial, 2013.
- ORWELL, George. *Rebelión en la granja*. Barcelona: Ediciones Destino, 1978.
- SCHOPENHAUER, A. *El mundo como voluntad y representación*. T. II. Madrid: FCE y Club de Lectores, 2003.
- SÓFOCLES. *Obras completas*. Madrid: Cátedra, S. A., 2008.
- VALLEJO, César. *Poemas completos*. Lima: Ediciones Copé, 2008.
- . *Correspondencia completa*. Madrid: Pre-Textos, 2011.
- VALLEJO, Georgette de. *¡Allá ellos, allá ellos, allá ellos!* Lima: Editorial Zalvac, 1978.
- VARGAS LLOSA, Mario. *El pez en el agua. Memorias*. Barcelona: Editorial Seix Barral S. A., 1993.

Correspondencia:

Fernando Muñoz C.

Docente del Departamento Académico de la Facultad de Letras y Ciencias Humanas de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos.

Correo electrónico: fermuz_c@yahoo.es